

NUESTRO TIEMPO

Invierno 2016
Fundada en 1954
Año LXI. Número 690



Universidad
de Navarra

DIRECTOR

Ignacio Uría [Der 95 PhD His 04]

REDACCIÓN

Ana Eva Fraile [Com 99]

Lucía Martínez Alcalde [Fil 12 Com 14]

COLUMNISTAS

Enrique García-Máiquez [Der 92]

Paco Sánchez [Com 81 PhD 87]

CRÍTICOS

Arte: Juan Pablo Huércanos [Com 94]

Cine: Jorge Collar

Escena: Felipe Santos [Com 93]

Libros: Joseluis González [Filg 82]

Música: Patxi Garro [Com 89]

Series: Alberto N. García [Com 00 PhD 05]

COLABORADORES EN ESTE NÚMERO

Andrea Amoretti, Ignacio Arellano, Andrés Beltramo, Reyes Calderón, María Calvo, Palmira Cardijn, Nuria Chinchilla, Javier de Navascués, Iñaki D. Knörr, Diego Fermín, Juan Manuel F. Cuichán, Pablo Hispán, Ander Izagirre, Laura Juampérez, Sole Maldonado, Héctor L. Mancini, Javier Marrodán, Carlos Mata, Rocío Montuenga, Francisco Ponz y María Isabel Solana.

FOTOGRAFÍA

Manuel Castells [Com 87] y Santiago Yaniz Aramendia

Archivo Universidad de Navarra

DISEÑO Errea Comunicación

IMPRESIÓN MccGraphics

REDACCIÓN Y PUBLICIDAD

Facultad de Comunicación

Universidad de Navarra

31009 Pamplona, España

ATENCIÓN AL SUSCRIPTOR

Palmira Velázquez

T +34 948 425 600 (Ext. 80 2590)

pvelazquez@unav.edu

EDITA Universidad de Navarra

SUSCRIPCIÓN ANUAL

España 35€ Europa 45€ Internacional 55€

WEB www.unav.edu/nt

DL: NA 10-58 / SP-ISSN-0029-5795

La revista no comparte necesariamente las opiniones de los artículos firmados



11 791 ejemplares/
número (2015)



Member of CASE



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA PRIMERA Ignacio Uría

Dios y las aceitunas



Allá por los ochenta descubrí una pintada callejera que decía: «Jesucristo resucitó ¡y mi padre aceitunero!». La frase me hizo gracia, aunque con un regusto triste.

Como adoro el peligro, busqué respuestas en un amigo. De Jaén. «Es cura y andaluz —me dije—, así que algo sabrá de Dios y los olivos». Pese a la evidente burla, la pintada le arrancó una sonrisa: «el “autor intelectual” ha entendido el cristianismo, porque si Cristo no ha resucitado —dijo con cara de san Pablo, pero sin espada— vana es nuestra fe».

La explicación me pareció bien, pero insuficiente, así que busqué otras fuentes del conocimiento. En aquella maravillosa época todos los libros se consultaban en la biblioteca municipal —que era (y aún es) lo más parecido al *veritatis splendor*—. Por tanto, si querías «aprehender» había que ponerse las gafas y bucear en los ficheros de autores, nada de vulgaridades tipo Google.

En un sólido archivo de madera encontré varios títulos para espantar mi ignorancia. Uno aseguraba que Osiris, deidad ligada al Nilo y sus crecidas, «resucitaba» cada año, y que en Persia creían que el dios solar Mitra nacía y moría a diario. También supe que el Antiguo Testamento recogía varias resurrecciones de niños, o que el Nuevo hablaba de «reanimar» (literalmente, dar de nuevo el alma). Jesús había resucitado a su amigo Lázaro, al hijo de Jairo y también al de la viuda de Naín (resultó que Naín era una aldea y no un judío del siglo I, como yo pensaba).

«Sin resurrección, todo habría fracasado. Sin sepulcro vacío, todo sería irrelevante», me había asegurado aquel párroco andaluz. Llegados a ese momento, ni la pintada ni la resurrección escondían secretos para mí.

La fe se tiene o no se tiene. Ahí —salvo pedirla— poco más podemos hacer. Sin embargo, hay un campo enorme para el que hambrea conocer la Verdad. Es decir, el que se lanza a buscar a Cristo, encontrar a Cristo y, ya puestos, amar a Cristo.

Dijera lo que dijera aquel ingenioso provocador que, brocha en mano, afirmaba que su Padre era aceitunero.

@nuestrotiempo_